

Parroquia y transmisión de la fe

Carlos Fernández Barberá*

Hace tiempo, un cura de Madrid, ya fallecido, planteó en la reunión de su arciprestazgo la siguiente pregunta: ¿Qué pastoral haríamos si no existieran las parroquias? Recuerdo que la cuestión suscitó algunos gestos de sorpresa y algunas sonrisas irónicas para quedar en definitiva sin respuesta. Sin embargo, a la hora de comenzar estas líneas quiero utilizarla para expresar mi convicción de que las parroquias deben hacer lo que harían si no existieran las parroquias.

Con lo dicho no se pretende despertar la atención del lector con una frase ingeniosa o con un paradoja chocante. Se quiere, sí, poner de manifiesto que las parroquias han sido durante mucho tiempo un lugar de acogida y celebración, un espacio donde se recibía al que llegaba con alguna demanda y donde se celebraba con la clientela habitual. Salvo en las antiguas misiones populares, raramente eran un lugar desde el que salir al encuentro de personas. Esta gestión no parecía necesaria porque, en un proceso continuado y coherente, la transmisión de la fe se gestaba en la familia y se iba apuntalando gradualmente en la parroquia.

Como es notorio, esta situación ha cambiado radicalmente. Durante

* Párroco de la Parroquia de S. Estanislao de Kostka, Madrid

demasiado tiempo –cuando no sólo Francia sino muchos otros países eran países de misión– la parroquia ha sido el vehículo de una pastoral de mantenimiento que en la práctica ha obstaculizado y hasta impedido el lanzamiento de una pastoral misionera. Pero nadie puede ya dudar de que es esta última la que demanda la sociedad pluralista en la que vivimos.

LA TRANSMISIÓN DE LA FE

Pero antes de adentrarnos en diagnósticos más profundos echemos una ojeada al panorama. ¿Cómo se transmite la fe en una parroquia? La respuesta parece evidente: a través de los sacramentos de iniciación y por medio de los grupos de formación.

Por una parte –y se trata de algo que corresponde a la parroquia casi en exclusiva– están dichos sacramentos y sus correspondientes reuniones preparatorias: encuentros prebautismales para padres, catequesis de primera comunión, charlas prematrimoniales, grupos de preparación a la confirmación. Cada parroquia valorará los resultados de esas empresas catequéticas, pero no se puede ignorar que, de entrada, tienen en su contra el que son «obligatorias». Quienes desean que su hijo o su hija haga la primera comunión están obligados a llevarlos a la catequesis, quienes se casan en un matrimonio religioso han de asistir a los cursillos previos... Esa obligatoriedad da lugar no pocas veces al resultado descorazonador de que los destinatarios desaparecen una vez cumplida la ceremonia deseada. La decepción ha sido mayor con la restauración de la confirmación. Se esperaba que, al tratarse de una decisión tomada libremente, daría lugar a mayores cuotas de perseverancia. No ha sido así y ahora se pretende adelantarla a los catorce años, antes de que se produzca la desbandada, a lo que parece inevitable.

Por otra parte, cada parroquia organiza, según el arbitrio del párroco o del consejo pastoral, diversos grupos de formación: grupos de Biblia, escuelas de padres, talleres de teología... No estoy seguro de que esos grupos sean propiamente de transmisión de la fe. Más bien se trata en ellos de

profundizar o esclarecer una fe ya recibida y asumida. Y en la medida en que tienden a perpetuarse, acaban convirtiéndose más bien en lugares de encuentro, de puesta en común y, en el mejor de los casos, en vehículos para alguna acción social.

Si se está de acuerdo con lo dicho hasta este momento, no habrá inconveniente en suscribir la tesis de que las parroquias, que han sido la base de la pastoral general de la Iglesia, no están ya a la altura de lo que exigen los tiempos. Y acaso, acaso, no puedan estarlo. A la vista de una concurrencia envejecida, no es raro escuchar en muchas parroquias una pregunta con tintes melancólicos: ¿qué pasará dentro de diez o veinte años?, una cuestión que revela la sospecha y el temor de que la fe no se esté transmitiendo a las nuevas generaciones.

Con todo lo dicho no pretendo afirmar que las parroquias no cumplan muchas tareas válidas y hasta necesarias. Sostengo únicamente que en las condiciones actuales no son el mejor instrumento para la transmisión de la fe.

Volvamos al principio: para transmitir la fe las parroquias deben hacer lo que harían si no existiesen las parroquias. Si no existiesen las parroquias las Eucaristías se celebrarían en las casas, en grupos inevitablemente pequeños; si no existiesen las parroquias, los cristianos buscarían lugares en los que agruparse y compartir; si no existieran las parroquias, los cristianos irían a las casas, saldrían a las calles, podrían anuncios para darse a conocer. Y puesto que deberían competir con otros muchos anuncios, tendrían muy claro cuál es el producto que ofrecen y procurarían pulirlo y profundizarlo para poderlo presentar sin complejos.

Para decirlo en pocas palabras: si no existieran las parroquias los cristianos estarían a la intemperie y se esforzarían en transmitir su fe a otros.

Ahora bien; las parroquias existen y es inútil soñar siquiera con que se va a partir de cero. Por tanto, en la medida que sea posible habrá que intentar adaptar la pastoral parroquial para aproximarla al modelo que se acaba de

esbozar. He dicho en la medida que sea posible y con ello acaso haya establecido un programa de mínimos. Las costumbres, las tradiciones y el Derecho canónico tienen mucho peso y no es fácil sacudir la hojarasca que inevitablemente traen consigo. Que no quede, sin embargo, por intentarlo.

LA FE LA TRANSMITEN LOS MILITANTES

Comencemos con una afirmación que quiero anteponer a modo de teorema para que constituya la base de todo lo que sigue: la fe solamente la transmiten los militantes y en consecuencia una función insoslayable de la parroquia ha de ser la de producir militantes.

Uso esta palabra a falta de otra mejor, aun a sabiendas de que puede despertar en algunos sensaciones negativas. Aparte de su etimología castrense, parece un término que responde a otros momentos, a la situación histórica de hace cincuenta años, en la que había que hacer la revolución porque el mundo se estaba transformando y la libertad para todos estaba ya a la vista. Ya sabemos que eso no ha ocurrido y, en consecuencia, ni en la vida civil ni en la religiosa se habla ya de militantes. Sea como fuere, deseo mantener el apelativo, aunque acaso sea necesario explicar su sentido concreto.

Un militante es un creyente con una fe personal y madura, que siente profundamente el deber de anunciar la buena noticia del Evangelio y que es capaz de dotarse de los medios para hacerlo.

UNA FE MADURA

La primera condición puede ser hoy más evidente. Sin duda quedan en la Iglesia muchos cristianos convencionales, apegados a una serie de reglas que han llegado a formar parte de su ser sin que se les planteen ulteriores

problemas ni interrogantes. Su fe consiste fundamentalmente en «creer lo que no vimos» porque «Dios lo ha revelado y la Santa Madre Iglesia así nos lo enseña». La vida cristiana consiste en cumplir una serie de obligaciones –los mandamientos de Dios y de la Iglesia– y quien lo haga satisfactoriamente recibirá un premio final. A estas personas les es ajena la fe concebida como camino y para ellas el seguimiento se traduce en realidad por cumplimiento. Esta caracterización no supone crítica personal alguna. En muchísimos casos se trata de personas excelentes, de humildes servidores de lo que les transmitieron como contenido de la fe, dispuestos a secundar cualquier iniciativa de sus pastores en la medida en que ello no les saque excesivamente de su vida ya organizada.

Pero también hay otros que han aprendido del Evangelio que la fe es un modo de vivir, un actitud especial ante las vicisitudes de la existencia, modulada y recorrida por la esperanza. Este talante no tiene otro modelo que Cristo mismo, concebido no tanto como un maestro sino como un pastor. Alguien que marca el camino y que acompaña pero que no determina los pasos. «Anda», «ponte en marcha», «sígueme», ésas son sus consignas. Estos creyentes saben que su fe no es un rédito adquirido por la acumulación de buenas obras sino el fondo más profundo y más bello de ellos mismos, tantas veces oculto por la hojarasca de la rutina, del desánimo, de la duda. Retomado una y otra vez, una y otra vez pulido, afinado y puesto en valor.

Un militante tiene una fe adulta, anclada en la roca de Cristo pero puesta a la intemperie de este mundo confuso y contradictorio. No hace falta añadir que se trata de una fe vivida en comunidad.

EL DEBER DE ANUNCIAR

Un militante ha escuchado como encargo personal el «id y anunciad el Evangelio a todas las gentes». No piensa que sea ésta tarea de clérigos o consagrados. Por el contrario, es cierto que es él quien ha de consagrarse

a ella. Y esto no solamente en ocasiones, cuando hay que participar en la procesión del patrón o salir con una hucha a postular por el Domund. Un militante sabe que él es un sembrador. Allí donde se encuentre ha de lanzar la semilla de una buena noticia convencido, como se dice en la parábola, de que, ya duerma o esté despierto, la semilla llegará a granar y dar fruto.

Naturalmente no hay que confundir a un militante con un fanático aunque uno y otro puedan a veces asemejarse. La parábola de la perla preciosa o del tesoro escondido en el campo pueden acaso favorecer ese equívoco. El militante no es el hombre de una sola idea, de una idea fija. Tiene, como todas las personas de su tiempo, muchas y dispares ideas, se interesa por muchos y variados campos. No es un maníaco monotemático. Pero, eso sí, conoce cuál es el centro unificador de todas las facetas de su persona y de su vida y está convencido de que ese punto de mira, esa perspectiva, puede ayudar a otros. En cualquier vida la fe, el amor y la esperanza son enriquecedores. Así pues, está dispuesto a ofrecérselos a otros y lo hace, sin jactancia y sin chantaje, allí donde está. Digámoslo de nuevo: un militante es un sembrador.

LOS MEDIOS PARA EL ANUNCIO

La tercera característica presenta más complicaciones. Un militante es alguien capaz de dotarse de los medios necesarios para su anuncio. La pastoral tradicional ha formado personas generosas dispuestas a hacer algo por los demás. En consecuencia se dirigen allí donde creen encontrar orientación para hacerlo. Personalmente he vivido la desazón que experimenta un dirigente de una parroquia o de una ONG cuando le llega alguien que «quiere hacer algo» o «quiere ser voluntario». Normalmente esas instituciones tienen ya cubiertos los puestos necesarios para su mantenimiento y temen frustrar la buena disposición de quienes llegan, diciéndoles que no hay nada que hacer. O por mejor decir, que hay –qué duda cabe– mucho que hacer pero que cada uno ha de abrir los ojos y

encontrar el lugar y el modo de su tarea en medio del mundo. Lo que definiendo en estas líneas es que un militante sabe lo que hay que hacer, ha encontrado o va encontrando en su camino y se va dotando de los instrumentos para recorrerlo.

Naturalmente eso requiere una actitud de escucha, una capacidad de análisis y una dosis de creatividad.

Una actitud de escucha primero. Estad vigilantes, decía Jesús. Estad con los ojos abiertos, atentos a la realidad, a las señales, ésas que, según el Maestro, las autoridades religiosas no sabían discernir pero que eran evidentes para las gentes sencillas.

Una capacidad de análisis. Quien desea anunciar una buena noticia deberá conocer a aquel a quien se dirige. Porque el anuncio no es para quien lo emite sino para quien lo recibe y puede que lo que es buena noticia para el anunciante no lo sea para el destinatario. Por eso el Vaticano II, siguiendo la recomendación de Jesús, conminó a escuchar los signos de los tiempos

Una dosis de creatividad. Un militante es un profeta y los profetas fueron siempre mistagogos. Hablaban y hacían, analizaban y construían, no se limitaban a la palabra sino que la verificaban con los hechos. Así pues, un militante no se limita a repetir doctrinas sino que saca del tesoro de su corazón cosas antiguas pero también nuevas.

¿PARROQUIAS MILITANTES?

Si se ha aceptado la tesis mantenida hasta aquí —son los militantes quienes transmiten la fe— tocará ahora verificar en qué medida las parroquias pueden formar militantes y en qué medida lo hacen en la realidad.

Sin embargo hay una cuestión previa, que me atrevería a formular de la siguiente manera: la parroquia en sí misma, ¿no debe ser también militante?

Su estructura, su talante, sus manifestaciones... ¿no deben estar recorridas por esa tensión que animaba a Jesús en su propia vida? Nietzsche ya diagnosticó que las iglesias se habían convertido en las tumbas y mausoleos de Dios y yo mismo he estado cerca de pensarlo cuando en ocasiones me he acercado a la iglesia de un pueblo cerrada durante toda la semana a la espera de un cura que ha de atender el culto de otros tres o cuatro lugares.

Afirmo que la parroquia misma, en su estilo, en su organización, en sus iniciativas, debe ser militante. ¿Es eso difícil? En mi opinión, no lo es. Se trata únicamente de seguir las consignas del Evangelio.

PRIMERO, LA GRATUIDAD

Una parroquia es, en gran medida, una empresa de servicios. Casi todas las personas que se acercan a ella lo hacen en demanda de un servicio: una partida de bautismo, una ayuda económica, un consejo, un sacramento. Pues bien, cuando Jesús envía a los doce con el encargo de evangelizar y les encomienda una serie de servicios, termina con la siguiente recomendación: «gratis lo recibisteis, dadlo gratis» (Mt 10,8). Nunca he entendido por qué este imperativo de Jesús ha encontrado tan poco seguimiento en la institución eclesiástica y tan poco cumplidores en los propios clérigos, incluso en aquellos que se tienen por cuidadosos seguidores de otras consignas evangélicas.¹ Y sin embargo estoy convencido de que una parroquia con estilo militante tiene que prestar sus servicios gratuitamente. En los países de tradición católica ha existido siempre un anticlericalismo popular convencido de la venalidad de los clérigos. Si alguien alejado de la asistencia a la iglesia acude en un momento determinado en demanda de un servicio y se encuentra que éste cuesta un precio (llámese así, o bien tasa, ofrenda o de otra manera, el cambio de nombre es irrele-

¹ El lector curioso podrá comprobar los fallidos equilibrios que hacen los artículos 2121 y 2122 del *Catecismo de la Iglesia Católica* para armonizar la condena de la simonía y la práctica común de cobrar los llamados «estipendios» de las misas.

tos en esta vida, recibir la recompensa en el cielo. Salvo en el marco de la familia, sólo a algunos de entre los creyentes, es decir, a los sacerdotes y religiosos, competía el ser transmisores de la fe.

Marcel Légaut ha propuesto una distinción que sirve para explicar la situación descrita. Es la que separa a una religión de autoridad de una religión de llamada. Durante mucho tiempo una religión cumple un papel de organizadora de la sociedad: de ella dependen los mitos comunes, las fiestas, la educación, la moral... Es un papel importante pero que tiene fecha de caducidad. El avance de las ciencias va reduciendo ese papel de la religión, que se va sintiendo arrinconada y tomada por inútil. Si no es capaz de pasar a ser una religión de llamada, sus días están contados.

A mi modo de ver, ese análisis puede aplicarse al Islam en los países en los que domina y al Cristianismo en la Europa poscristiana. En este sentido se puede sostener que nos encontramos en una situación de crisis en la que la Iglesia católica ha de pasar de uno a otro talante. Si acierta a hacerlo –pero parece que las resistencias son muchas– la mayoría de los laicos se habrán convertido en militantes. Sin embargo, mientras eso llega, la casi totalidad de las parroquias cuentan con una feligresía de fieles –en todos los sentidos de la palabra– creyentes sinceros, obedientes a las indicaciones que lleguen de arriba y escasamente activos en la transmisión del Evangelio.

Siendo esto así, ¿con qué instrumentos cuentan las parroquias para formar militantes? ¿Y qué metodología pueden utilizar?

GRUPOS DE FORMACIÓN

Al comienzo de este artículo se hacía notar que todas las parroquias organizan grupos de formación de distinto estilo: cursos de Biblia, escuelas de padres, reuniones de estudio, talleres de teología... En otras ocasiones he manifestado mis reservas frente a tales grupos, que se convocan con un

ta exuberancia. Los acontecimientos de la comunidad deben que tener su trasunto celebrativo y sus responsables han de ser capaces de sacar de su tesoro cosas nueva y antiguas

Al decir esto no se pretende que el éxtasis se adueñe de los asistentes en cada celebración. Para ello podrían asistir mejor a un concierto de rock y en todo caso parece que ahora existen pastillas que lo provocan. No, se trata de que se experimente ese calorcillo que produce el Espíritu compartido y celebrado.

LA TRANSMISIÓN DE LA FE

Aceptadas estas condiciones se notará que se trata, si se las quiere llamar de algún modo, de una especie de *preambula fidei*. Un clima, un modo de hacer, un estilo que predispongan a quien se acerca a la parroquia sin un motivo religioso y acaso cargado de prejuicios, a sentir que algo relevante se gesta en ella. Pero, una vez establecidos, tenemos que desembocar ya en lo que constituye el meollo de este trabajo, es decir, en la transmisión explícita de la fe.

Ya se habló al comienzo de que a la parroquia competen, casi en régimen de exclusiva, los sacramentos de iniciación. No vamos a tratar de ellos aquí porque excedería los límites de este trabajo. Catequetas tiene la Iglesia que sabrán ocuparse de ellos.

Pero para retomar el hilo quiero volver a formular la tesis anunciada al principio: la fe la transmiten los militantes y una tarea de la Iglesia es formarlos. Algo sencillo de formular pero no tanto de llevar a la práctica. Comenzaremos por tanto por las dificultades.

La más importante de todas proviene de lo que ha constituido durante siglos la tarea cristiana en su versión popular: se trataba de cumplir los mandamientos de Dios y de la Iglesia y, de este modo, acumulando méri-

Quiero insistir, pues, en una actitud de acogida radical, que convierta las parroquias en lo que antes eran las iglesias, lugares de asilo para todo el que llegaba a ellas demandándolo. No una concesión sujeta a normas sino un derecho del que llega, muchas veces cansado y agobiado.

LA CELEBRACIÓN

Una parroquia militante ha de saber celebra. Al menos ha de saber celebrar una vez a la semana.

Todos los domingos desde hace ya muchos años la televisión retransmite la celebración de una Eucaristía. Se supone que tales retransmisiones deben ofrecer un canon, un modelo a imitar. Pero ocurre que lo que en ellas se ve es a un celebrante que cumple escrupulosamente con los ritos, un coro que canta mejor o peor pero siempre por su cuenta y riesgo y un público que, serio y formal, se limita a contestar a las aclamaciones. A mi modo de ver, no es ciertamente un modelo que merezca ser imitado.

La Eucaristía es una reunión festiva y como tal no puede ser anónima ni formalista ni reducida al cumplimiento de unos ritos. No es que quiera poner en duda la validez de esas celebraciones. Dios se hará siempre presente porque su entrega no puede depender de la incuria de quienes lo invocan. Lo que sí afirmo es que esas ceremonias servirán únicamente para satisfacción de quienes asisten convencidos pero serán escasamente atractivas y dudo que sirvan para transmitir la fe a quienes no la tienen.

Si una parroquia quiere ser misionera, ha de saber celebrar. Y como lo que se celebra es siempre una fiesta, todo ha de tener un aire festivo. Quien lejano a la fe o alejado de la ella llegue a una celebración eucarística debe sentir la cercanía entre los asistentes, la ternura y el entusiasmo que respiran, la espontaneidad que manifiestan, la alegría que contagian, su voluntad de compartir. Ha de desaparecer el anonimato, ha de lograrse un aire jubiloso, hay que multiplicar los gestos personales, hay que vivir una cier-

vante) no hará sino ver confirmada su opinión de que en este mundo todo se compra y se vende y la Iglesia se mueve por la misma lógica.

A la cuestación en el ofertorio se le pueden hacer también muchos reproches. En ninguna fiesta o celebración —y la misa es una de ellas— se prevé un momento para hacer una cuestación. Por definición la fiesta es un tiempo de gratuidad. Sin duda habrá que contestar a la objeción que arguya la necesidad de dinero para mantener al clero y el propio funcionamiento de las parroquias. Respecto a lo primero sólo quiero referirme a lo que san Pablo dice a los tesalonicenses (2 Tes 3,7-9) y de lo que tan poco caso se ha hecho. Respecto a los gastos inevitables de una comunidad sólo añadiré que mi experiencia es que, cuando no se cobra por ningún servicio, el dinero que se recauda es mayor. Los cristianos responden a la generosidad con su propia largueza. La palabra del ciento por uno no es sólo una bonita metáfora sino una realidad y se ha prometido que cuando se busca el Reino de Dios y su justicia, lo demás se conseguirá por añadidura. Naturalmente, se trata de creerlo.

UNA PARROQUIA QUE ACOGE

Las parroquias suelen tener «horarios de despacho». Nunca me ha entusiasmado esa denominación que parece homologar a las parroquias con las oficinas públicas. Estoy, en cambio, cada vez más convencido de que las parroquias han de acoger, con toda la profundidad que encierra esa palabra. Acoger es aceptar al que llega sin condiciones previas, de acuerdo con una voluntad de servicio que es consustancial al cristianismo y que no pocas veces acaba sepultado por el deseo de orden y por el ejercicio de la autoridad. Acoger es ver al que llega como un hermano y no como un cliente y menos como un intruso. Es verdad que acoger de ese modo ocasiona a veces cierto desbarajuste al que muchos párrocos y las instituciones en general suelen ser bastante alérgicos. Y sin embargo en la vida de Jesús se producía en ocasiones —así lo reflejan los Evangelios— ese mismo agobio sin que el Maestro hiciera nada por evitarlo.

objetivo determinado pero que al cabo del tiempo acaban teniendo por objetivo reunirse. Es decir, en definitiva, el objetivo de formar grupos termina siendo, tautológicamente, el formar grupos. En un mundo tan anónimo y solitario como el que vivimos, no es que éste sea un objetivo carente de importancia, pero una parroquia no debe tenerlo como un horizonte que, en todo caso, ya cubren los centros cívicos, los centros de día, los clubs de ancianos e instituciones semejantes.

Creo recordar que en su libro ya antiguo sobre la parroquia Michonneau defendía que el papel de la entonces llamada «dirección espiritual» lo cumplía la comunidad entera. Si la comunidad cumple las condiciones establecidas anteriormente, no dudo de que sea así. Y sin embargo, estoy convencido de que es necesaria una atención más cercana a los fieles y por tanto los grupos son necesarios. Pero se trata de grupos que tengan como objetivo convertir a los cristianos «practicantes» en cristianos «militantes».

Una cuestión se plantea entonces: ¿Tiene la parroquia la capacidad para hacerlo? Y en caso de una respuesta afirmativa: ¿Cómo?

MILITANTES INTERMEDIOS

Cuando Jesús envió a los setenta y dos a entrenarse como transmisores de su buena noticia, les propuso un esquema muy sencillo: llegar a las casas, desear la paz, expulsar los demonios, curar a los enfermos y anunciar que en esos signos se manifestaba el Reino de Dios. Pues bien, ese mismo aprendizaje han de realizar los posibles militantes parroquiales.

Alguien sugirió una vez la denominación de militantes intermedios para referirse a los que se movían en los ámbitos parroquiales. Personas sin especial madera de líder, inhábiles por condición o circunstancias para grandes empresas pero capaces de una labor en su familia, en su vecindad, en su entorno más cercano. Mi opinión es que la parroquia tiene capacidad para formar a estos militantes intermedios y que debe hacerlo con una

pedagogía que promueva pequeñas acciones y a partir de ellas articule una reflexión y una lectura creyente.

Su cometido ha de ser –y así han de aprenderlo y ejercitarlo– sentirse responsables de su entorno, echar a tantos demonios como acechan a las personas, curarlas de las enfermedades de que adolecen y comunicar su propia experiencia de la presencia del reino de Dios.

Si se quiere comenzar una pedagogía de este estilo, enseguida se aducirán las dificultades: no sé hacerlo, no me atrevo, no te puedes meter en la casa de la gente, cada uno va a lo suyo... Sin embargo Jesús dijo a Pedro que haría de él un «pescador de hombres» y hay que llegar a comprender que son palabras que se dirigen a cualquier cristiano. Hay que desplegar, pues, una mayéutica que saque a flote las capacidades evangelizadoras de cada uno.

Temo que mi largo trabajo con los movimientos de Acción Católica condicione mis propuestas de formación pero siempre he confiado en métodos semejantes a la revisión de vida. A estos militantes parroquiales hay que animarles a realizar acciones en su entorno y ayudarles después a leer sus experiencias con una mirada creyente.

Para poner un ejemplo concreto: conozco una parroquia en la que se ha trabajado la existencia de «enlaces» en cada bloque de viviendas. Se trataba de una persona o un matrimonio que debían estar atentos a lo que ocurría en su vecindad, y ser capaces también de animar pequeños acontecimientos comunitarios. Acompañar esas experiencias ha sido una manera de ir formando a esos militantes intermedios. Como telón de fondo, la celebración dominical no era nunca ajena a este proceso.

Pero dicho esto, quiero también expresar mi convencimiento de que, a la hora de formar militantes, la parroquia tiene claramente un techo.

Vivimos en este mundo una situación paradójica. Cada día tomamos conciencia de problemas y situaciones gravísimas que dañan a muchas perso-

nas que son, para nuestra conciencia creyente, nuestros hermanos. No podemos mantenernos ajenos a estas situaciones porque «la religión pura e intachable a los ojos de Dios es ayudar a las viudas y huérfanos en sus necesidades y no mancharse las manos con este mundo» (Sant 1, 27). Y sin embargo, salvo alguna cotización a una ONG o el apadrinamiento de un niño, no sabemos qué es lo que podemos hacer y la parroquia no es capaz de mostrárnoslo. Limitada por definición a un territorio, ni sabe ni en general quiere salir de él. Por eso, junto a la primera tesis de este artículo («la parroquia ha de formar militantes»), quiero ahora anunciar la segunda: la parroquia ha de acabar en los movimientos. Como el padre cuyos hijos se hacen mayores, la parroquia ha de saber encaminar a sus hijos hacia horizontes más amplios. No para perderlos –la parroquia será siempre familia, lugar de acogida, espacio de celebración– sino para recuperarlos más profundos y más ricos.

LA PARROQUIA HA DE ACABAR EN LOS MOVIMIENTOS

Frente a la tendencia centrípeta que es la tentación de las parroquias, estoy convencido de que deben, generosamente, encaminar a sus fieles a horizontes más amplios, a grupos o movimientos con planteamientos y recursos aptos para echar a los demonios de nuestro mundo y para curar a las víctimas de su injusticia.

Ello no equivale a ver la parroquia como un banderín de enganche para otra trayectoria. Si es suficientemente acogedora, la parroquia será siempre un hogar al que volver, una comunidad en la que contar y valorar las experiencias, un espacio en el que celebrar. En donde se escuchará –y no sólo como una bonita consigna– el encargo del Maestro: *«Id y predicad el Evangelio a todas las gentes»*.

Si aprovecha la ventaja de su heterogeneidad, la parroquia reunirá en su seno a gentes provenientes de movimientos y grupos diferentes, realizando acciones distintas y volviendo a celebrarlas, aprendiendo los unos de

los otros y contrastándose entre sí. Pienso, pues, en movimientos no sectarios, evangelizadores pero abiertos a ser evangelizados, con un mensaje que ya no puede ser sino ecuménico.

Creo que una parroquia que adopta ese talante acabará haciendo lo que la pastoral haría si no hubiera parroquias, con un mensaje y una promesa pero situada a la intemperie de un mundo fuera del cual no hay salvación.